

# 1

Cuando despertó, lo primero que sintió Ava Lee fue una punzada de dolor que le atravesaba el cuello y el hombro. Al estirarse, el dolor se hizo más intenso. Después relajó lentamente los músculos. Sabía por experiencia que la paliza que había recibido no le dejaría secuelas duraderas.

Volvió la cabeza para mirar el reloj de la mesilla de noche. Eran sólo las seis de la mañana. Había regresado a Toronto en avión en torno a la medianoche y llevaba menos de cinco horas en la cama. Había pensado que bastaría con dos cápsulas de melatonina y una copa de *pinot grigio* para pasar la noche, pero el dolor y el tumulto de emociones que aún se agitaba en su cabeza seguían desasosegándola.

Se quedó muy quieta con la esperanza de volver a adormecerse. Diez minutos después se dio por vencida y se levantó. Se arrodilló para rezar una corta plegaria de agradecimiento a san Judas por haber regresado sana y salva, y se fue al cuarto de baño. Tras quitarse la camiseta Giordano negra, se giró para verse la espalda en el espejo. El cinturón le había dado primero en un lado del cuello y en el hombro derecho, y una segunda vez en el mismo hombro y en parte de la espalda. Las marcas, negras y de un azul profundo, amarilleaban en los bordes. Tenían peor aspecto del que esperaba por el dolor, pero empezarían a desaparecer en pocos días.

Entró en la cocina para prepararse un café instantáneo Starbucks VIA y se sentó a la mesita redonda colocada junto a la ventana con vistas a Cumberland Street y Avenue Road. Vivía en el corazón de Yorkville, el barrio más lujoso del centro de Toronto. Era enero, el tiempo intentaba aún decidirse entre llover y nevar y

abajo, en la calle, el tráfico apenas se movía a pesar de lo temprano de la hora.

Normalmente habría tenido el *Globe and Mail* desplegado sobre la mesa, pero había estado fuera más de una semana, viajando entre Hong Kong, Tailandia, Guyana y las Islas Vírgenes Británicas tras la pista de más de cinco millones de dólares sustraídos a un cliente, hasta recuperarlos, y había pedido que dejaran de llevarle el periódico hasta nuevo aviso. Así pues, abrió su ordenador portátil y lo encendió para leer las noticias *online*. Fue un error.

Tras conectarse a Internet, abrió su correo esperando encontrar mensajes de sus amigos, unos cuantos correos basura y poco más. Se quedó de piedra al ver el nombre de Tío en la bandeja de entrada. Tío era su socio en Hong Kong, un hombre de setenta y pico de años cuya idea de las comunicaciones de última generación era un iPhone chino falsificado que había comprado por menos de cuarenta dólares en el mercadillo nocturno de Kowloon y que usaba exclusivamente para hacer llamadas. En las ocho horas anteriores le había enviado dos mensajes. Ava no recordaba haber recibido tantos correos suyos en todo el año anterior. Los abrió. Eran idénticos: afirmaban simplemente que necesitaba hablar con ella. No decían que fuera urgente. No hacía falta: el hecho de que le hubiera mandado dos correos lo dejaba bien claro.

Gruñendo, Ava se acercó al calentador de agua y se preparó otro café. Sabía de qué quería hablarle Tío. Mientras había estado en Guyana, un empresario chino-filipino llamado Tommy Ordonez les había ofrecido un trabajo. Ordonez era el hombre más rico de las islas. Le habían dado largas para acabar el trabajo que tenían entre manos. Ava había confiado en que pudieran seguir dándose las unos días más, porque el trabajo de Guyana se había torcido y habían surgido complicaciones imprevistas. Lo que se suponía que iba a ser un trabajo sencillo de rastreo y recuperación de fondos desfalcados se había convertido en una extorsión. Ava había salido airoso, pero no sin dificultad, como demostraban sus marcas y hematomas, y no sin estrés, parte del cual duraba aún.

La noche anterior había apagado su móvil y lo había arrojado al fondo de su bolso. Tenía intención de dejarlo allí un par de días, o al menos hasta que volviera a sentirse con la cabeza despejada. Fue a buscarlo y vio que Tío también la había llamado. Suspiró. Tenía que devolverle la llamada. No podía obviar dos correos y un mensaje telefónico sin ofenderlo. Nunca había ofendido a Tío, ni deseaba hacerlo. Eran poco más de las seis de la tarde en Hong Kong, y sabía que seguramente estaría disfrutando de su masaje diario, o tomando una cena temprana, o en su apartamento de Kowloon.

—*Wei* —dijo Tío.

Ava oyó ladrar a su perrillo y a Lourdes, su asistente filipina, diciéndole que se callara. Tío aún estaba en su apartamento.

—Soy Ava.

—¿Estás en Toronto?

—Sí, llegué anoche, tarde.

—¿Y estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Me alegro, estaba preocupado por ti... Es temprano allí.

—No podía dormir, así que he encendido el ordenador y he visto tus mensajes.

—Tenemos que hablar.

Ava se preguntó si pensaba que estaba criticando su insistencia, y se sintió un poco inquieta por que la considerada maleducada, aunque fuera sólo ligeramente.

—No pasa nada, Tío. ¿Se trata de Tommy Ordonez?

—Sí. Él y Chang Wang, su consejero de más confianza, me llamaron ayer dos veces cada uno, y otras dos anteayer. Les he dicho que debían tener paciencia.

—¿Y cómo han reaccionado?

—Con impaciencia.

—Tío, ¿les dijiste que nunca aceptamos dos encargos al mismo tiempo y que todavía estaba trabajando en uno?

—Claro, pero sólo parecieron irritarse aún más. Sobre todo Ordonez. Es uno de esos hombres que se creen con derecho a no

hacer nunca cola o a que jamás se antepongan los intereses de otra persona a los suyos.

—¿Eso dijo?

—No hacía falta que lo dijera. Ava, la última vez que hablé con él apenas podía refrenarse. Noté que se comía su ira y sé que, si hubiera estado hablando con otro, habría estallado.

Ava apuró su segundo café y, sin despedirse el teléfono de la oreja, se acercó a la encimera y vació otro sobrecito en la taza.

—¿Qué sabemos del trabajo, Tío?

—No mucho. Sólo que es un montón de dinero, que hay de por medio una operación inmobiliaria canadiense y que está involucrado Philip Chew, uno de los hermanos pequeños de Ordonez. Quieren que nos veamos en persona para darnos datos concretos.

—¿Es un contrato en firme?

—Si lo aceptamos, sí.

—¿No te has comprometido aún?

—Me ha parecido preferible escuchar la historia completa antes de firmar.

—Lo que no entiendo, Tío, es por qué nos necesitan a nosotros con todos los recursos y el poder que tienen.

Le había hecho la misma pregunta cuando les habían ofrecido el trabajo, y había recibido de Tío una respuesta torpe. Ahora, fue simplemente evasiva:

—Nos lo explicarán todo cuando estemos en Manila.

—Entonces, ¿quieres que vayamos?

—Le dije a Chang Wang que lo hablaríamos con ellos, y están empeñados en que sea en persona. Me han dicho que la suma de dinero que hay en juego supera los cincuenta millones de dólares. Creo que eso merece un viaje a Manila, ¿tú no?

—Sí, claro que sí —respondió Ava

Cayó entonces en la cuenta de que Tío se había referido dos veces al lugarteniente de Ordonez por su nombre de pila y su apellido. Era una fórmula de respeto que rara vez empleaba para referirse a sus clientes, y Ava dedujo que había algún vínculo entre ellos.

—Ese tal Chang, Tío, ¿lo conoces bien?

—Es de Wuhan, como yo, y con los años nos hemos hecho mutuamente muchos favores. Yo todavía tendría a diez hombres pudriéndose en cárceles de Filipinas si no fuera por él, y él seguiría esperando los permisos para construir fábricas de cigarrillos en la provincia de Hubei de no ser por mí.

Ava estaba acostumbrada a sus contactos de Wuhan. Tío había nacido y se había criado en una aldea de sus alrededores, y él y los demás hombres que habían escapado juntos del régimen comunista conservaban aún una profunda lealtad mutua.

—¿Y Chang no te ha contado qué problema tiene Ordóñez?

—Es fiel a Ordóñez ante todo. Eso tenemos que entenderlo y respetarlo.

—Has dicho que Ordóñez se estaba conteniendo cuando habló contigo. Creía que no os conocíais.

—Chang nos presentó una vez, hace años, cuando yo estaba en la cumbre y él todavía abriéndose paso. Fue un encuentro pasajero que a él, por lo visto, le impresionó más que a mí. Ni siquiera me acordaba hasta que me lo mencionó.

Ava se había situado junto a la ventana de la cocina. La lluvia que caía empezaba a helarse sobre el cristal. Vio que abajo, en el cruce, un coche patinaba y se estrellaba contra un todoterreno. Odiaba aquel tiempo. Al menos en Manila haría calor.

—¿Puedes conseguirnos un día o dos más? —preguntó.

Tío vaciló. Ava comprendió que no quería presionarla demasiado.

—Me gustaría estar allí lo antes posible, pero si necesitas pasar más tiempo en Toronto, me las arreglaré con Chang Wang y Ordóñez lo mejor que pueda.

—¿Darán marcha atrás si nos retrasamos?

—La verdad es que no lo sé.

—Bien, supongo que no deberíamos correr ese riesgo —dijo Ava.

—No, no deberíamos. Puede que se dejen dominar por su impaciencia.

Ava hizo un cálculo rápido.

—Si cojo el vuelo de Cathay Pacific de esta noche, puedo estar en Hong Kong pasado mañana temprano, hora de allí. Así por lo menos tendré hoy todo el día para recuperarme aquí y dieciséis horas de vuelo para dormir.

—Bien. Podemos irnos a Manila esa misma mañana. Haré que reserven el vuelo. Podemos vernos en la sala Wing —dijo Tío—. Voy a avisar enseguida a Chang Wang de que vamos. El despacho de Ordonez está cerca del Ayala Centre, en Makati City. El Hotel Península está cerca. Les diré que nos reserven habitaciones.

—De acuerdo, te llamaré cuando tenga confirmación por mi parte.

—Muy bien. Y, Ava, creo que estamos haciendo lo correcto.

Ella se encogió de hombros.

—Ordonez es un pez gordo y es un montón de dinero.

—Eso no significa que no podamos decir que no —repuso Tío—. Iremos a hablar con ellos y luego acordaremos entre nosotros lo que queremos hacer. Pero tengo que decirte que me da la sensación de que al final valdrá la pena.

—Sí, Tío.

—Ahora tengo que llamar a Chang —añadió él.

Al colgar el teléfono, Ava intentó recordar si alguna vez había oído a Tío mencionar el nombre de Chang. No obtuvo resultado alguno, pero no le extrañó. La red de amigos y socios de Tío abarcaba toda Asia, aunque sus contactos más íntimos eran aquellos cuyas raíces, como las suyas, se hundían largas y profundas en Wuhan.

¿*Ordonez también es de Wuhan?*, se preguntó. Sabía que había nacido en China, pero nada más concreto aparte de eso. Lo averiguaría muy pronto, pero el hecho de que un hombre tan rico y poderoso como Tommy Ordonez tuviera un problema que no podía resolver por sus propios medios había picado su curiosidad.

## 2

El sol de la mañana brillaba sobre el mar de China Meridional cuando el avión descendió sobre la isla artificial que albergaba el aeropuerto de Hong Kong.

Encontró a Tío al fondo de la sala Wing, reclinado en un sillón. Era casi tan fibroso como Ava y no más alto que ella. De lejos, hundido en el sillón, parecía casi un niño. Ella sabía que tenía más de setenta años, pero su piel era todavía tersa, con ligerísimas arrugas alrededor de los ojos y en la frente. Su cabello negro, cortado casi al rape, estaba vetado por un toque de gris. Iba vestido como de costumbre, con un sencillo traje negro y una rígida camisa blanca abrochada hasta el cuello. Su estilo bicolor era en parte cuestión de conveniencia, en parte camuflaje. Así le resultaba fácil pasar desapercibido: excepto para quienes estaban al tanto, no era más que un viejo elegantemente vestido.

Hacía más de diez años que era su socio y mentor. Se ganaban la vida recuperando dinero estafado. Ava era contable especializada en rastreo de capitales. Había estudiado en la Universidad de York, en Toronto, y en el Babson College, a las afueras de Boston. Antes de unir fuerzas con Tío, había trabajado para una prestigiosa empresa de Toronto, pero la burocracia que entrañaba el trabajo le había resultado sofocante. Lo había dejado para montar su propio despacho, y había encontrado su clientela principalmente entre los amigos de su madre. Cuando a uno de sus clientes lo estafó un importador chino, Ava decidió encargarse de recuperar el dinero por su cuenta. De paso conoció a Tío, que estaba siguiendo al mismo importador en nombre de otro cliente. Unieron fuerzas, tuvieron éxito y Tío le propuso que fueran socios.

Tío, con su reputación, atraía a un amplio abanico de clientes. Carecía, en cambio, de los conocimientos contables de Ava y del toque sutil que ella aportaba al proceso de recuperación del dinero. Sus clientes, casi siempre asiáticos, solían estar desesperados y a menudo frenéticos cuando recurrían a ellos. Estaban en juego sus negocios, la ruina económica amenazaba a sus familias y ya habían agotado todos los métodos convencionales para recobrar el capital robado. El lema de Tío era «la gente siempre hace lo correcto por el motivo equivocado». Ava poseía una habilidad especial para descubrir el «motivo equivocado» que convencía a sus objetivos para hacer lo correcto, lo que en su caso equivalía a devolver el dinero a su legítimo propietario. Tío y ella cobraban el treinta por ciento de lo recuperado.

Cuando localizó a Tío en la sala de espera, miró a su alrededor para ver si Sonny estaba con él. No había ni rastro del chófer y guardaespaldas de Tío. Era tan grande como ellos dos juntos, y Ava nunca había conocido a nadie tan feroz. Había viajado con ellos otras veces, casi siempre a China, donde nunca venía mal una demostración de fuerza. Dedujo que Tío no creía necesitar escolta en Filipinas.

Se acercó a su silla sin hacer ruido. Tenía los ojos cerrados, y ella pensó que estaba durmiendo hasta que dijo:

—¿Eres tú, Ava?

—Sí, Tío.

—Eso me parecía. Huelo a ese perfume de Annick Goutal que tanto te gusta —dijo al abrir los ojos, y una sonrisilla tensó las comisuras de su boca—. Estás guapísima, como siempre.

—Gracias.

—Pero la ropa... —añadió, señalando su camiseta Giordano negra y sus pantalones Adidas—. Tienes que cambiarte. Estarán esperándonos en el aeropuerto para llevarnos directamente al despacho de Ordonez.

—Me lo imaginaba —respondió Ava, y recogió su bolso Shanghai Tang Double Happiness—. Tengo aquí todo lo que necesito. Voy a darme una ducha y a ponerme presentable.



Entró en los vestuarios privados de la sala de espera. Se duchó rápidamente, se puso unas bragas y un sujetador limpios y una camisa Brooks Brothers de color rosa con el cuello italiano retocado, y luego dudó entre ponerse falda o pantalones. No sabía nada acerca de Ordonez o Chang, más allá de lo que había leído en Internet estando en Guyana. Para no arriesgarse, optó por los pantalones. Los hombres poderosos nunca malinterpretaban un atuendo conservador.

Se cepilló el pelo echándolo hacia atrás y se lo recogió con su alfiler de marfil favorito. Se aplicó a continuación un poco de rímel y un toque de carmín rojo. Por último, se puso en la muñeca su reloj Tank Française de Cartier. Le había costado una fortuna, pero nunca se había arrepentido de comprarlo. Le encantaba su diseño, y en su opinión marcaba el equilibrio perfecto entre la seriedad y el éxito.

Cuando salió del aseo de señoras y cruzó de nuevo la sala de espera, notó que todas las miradas se volvían hacia ella. Su paso era comedido, nunca apresurado, y caminaba muy erguida, segura del momento y del lugar que ocupaba.

Tío estaba de pie junto al sillón, conversando con un hombre que parecía más o menos de su edad, pero que era quince centímetros más alto y pesaba al menos cuarenta kilos más. Era completamente calvo y tenía la cara grande y redonda y una papada que parecía temblar cada vez que hablaba. Vestía una camisa de cuadros Burberry y unos pantalones demasiado subidos por encima de la barriga. Ava vio que llevaba en la muñeca un Rolex con incrustaciones de diamantes, un enorme anillo de jade y diamantes en el dedo anular y otro de rubí en el meñique. El contraste entre los dos no podía ser más chocante. Y sin embargo, mientras los observaba, advirtió que el desconocido intentaba causar buena impresión a Tío. Notó su deseo de complacerlo en su forma de gesticular, en la prisa con que hablaba.

Al verla, Tío lo despidió con un ademán sutil y se fue derecho hacia ella. El otro pareció sobresaltarse al verla. Después se quedó mirándolos con expresión impávida.

—Me apetecen unos fideos —dijo Tío, y agarrándola del codo la llevó hacia el restaurante.

Pidieron fideos con *har gau*, los tradicionales raviolis de gambas. El aire estaba impregnado de un aroma delicioso que Ava no logró identificar.

—Brotos de guisantes fritos con ajo —le dijo Tío cuando le preguntó—. Es demasiado temprano para comerlos. Me sientan mal.

Como de costumbre, comió mucho más rápidamente que ella. Ava se preguntaba siempre si sus maneras en la mesa eran un indicio de su verdadero estado interno, en contraste con la apariencia plácida y calmada que mostraba ante el mundo.

—¿Quién era ese hombre con el que estabas hablando? —preguntó cuando Tío hubo acabado de comer.

La pregunta pareció cogerlo desprevenido, y cerró los ojos un instante antes de responder.

—Trabajó para mí en Fanling hace años. Ahora es quien manda en Mong Kok —contestó.

Antes de que pudiera preguntarle algo más, anunciaron el embarque de su vuelo y él se levantó de su silla.

Al acercarse a la puerta de embarque vieron largas y desordenadas filas de diminutas filipinas cargadas con todo el equipaje de mano que permitía la aerolínea.

—Es por la época del año —explicó Tío—. Ahora los vuelos a Asia y a Manila son baratos, así que todas las criadas y las niñeras van de visita a casa.

Ava conocía aquel ritual. Marian y ella habían tenido una *yaya* o niñera filipina hasta que habían empezado el instituto en Havergal College. Cada dos o tres años, la *yaya* compraba un par de *balikbayans* (cajas del tamaño de pequeños ataúdes) y las cargaba con camisetas, zapatillas deportivas y comida enlatada para llevárselas a Filipinas.

—¿Cuántas hay en Hong Kong ahora mismo? —preguntó.

—Más de cien mil, creo. Los domingos se reúnen en Central Park, en Victoria Park o el Centro Cultural de Hong Kong. Creo que Lourdes no ha faltado ni un domingo en diez años.

—Son increíbles.

Tío se quedó mirando el tapón que se había formado en torno a la puerta de embarque.

—Filipinas se derrumbaría económicamente sin ellas. He leído que hay unos ocho millones de filipinos trabajando en el extranjero, y mandan dinero a casa cada mes. Me extrañaría que no fuera la mayor fuente de ingresos del país.

Pasaron junto a la fila de personas que aguardaban con impaciencia para embarcar y mostraron sus pasaportes y sus billetes de primera clase a la azafata de Cathay Pacific. Al subir al avión, les dieron la bienvenida dos atractivas asistentes de vuelo con uniforme rojo cereza que les indicaron sus asientos. Cuando Tío se acomodó en el suyo, Ava notó que sus pies apenas rozaban el suelo.

En cuanto el avión alcanzó la altura de crucero, Tío reclinó su asiento, pero antes de que cerrara los ojos Ava preguntó:

—Tío, ¿Tommy Ordonez es de Wuhan?

—No toda la gente con la que hacemos negocios es de Wuhan —contestó con una leve sonrisa—. Es de Qingdao.

—Y Ordonez no es su apellido.

—No, en realidad se llama Chew Guang. Adoptó un nombre filipino cuando empezó a hacer negocios en serio en las islas. Es lo que llaman un *chinoy*, un chino que usa un nombre filipino.

No le sorprendió el cambio de nombre. A lo largo y ancho de Asia, en países como Indonesia, Malasia, Tailandia y Filipinas, la economía estaba a menudo controlada por residentes chinos. Ello generaba resentimiento entre la población autóctona y en tiempos de turbulencia social los chinos se convertían con frecuencia en objeto de saqueos y agresiones físicas. Cambiarse de nombre era un modo de intentar camuflarse, de esconderse de los xenófobos.

—¿Nació en Qingdao? —preguntó Ava. Sabía que a menudo los chinos dicen que son de tal ciudad o provincia, aunque su familia lleve tres generaciones en el extranjero.

—Sí, es el mayor de una familia de dos hermanos y una hermana. Su padre era subdirector de la fábrica de cerveza Tsingtao, y

Chew trabajó allí de aprendiz cuando era un adolescente. Está claro que era listo y muy trabajador, porque a los veintidós años ya lo habían mandado a Filipinas con el cargo de subdirector de fábrica.

—¿Cuánto tiempo tardó en establecerse por su cuenta?

—Unos tres años. Empezó con una pequeña fábrica de cerveza, con una marca que llamó Philippine Gold. La cerveza no era de la mejor calidad, pero era barata y funcionó. A los cinco años, Chew Guang era el principal fabricante de cerveza de las islas. Fue más o menos en esa época cuando se cambió el nombre por el de Tommy Ordonez y comenzó a expandir y a diversificar el negocio con ayuda de los chinos afincados allí, que en su mayoría también tienen nombres filipinos.

—¿Y Chang por qué conservó su nombre?

—Él no tiene visibilidad pública. Es el hombre entre bastidores, un factótum, el consejero clave, el que ayuda a Ordonez a diseñar su estrategia empresarial y a llevarla a cabo. Conviene tenerlo por amigo. Como enemigo, es un monstruo.

—Por lo visto, los hermanos de Ordonez tampoco cambiaron de nombre.

—No había motivo para que lo hicieran. Viven en sitios donde esas cosas no importan. Philip, el de Canadá, el que tiene problemas, es el menor. El otro, David, vive en Hong Kong y es la punta de lanza de la empresa en el mercado chino. Se encarga de buscar un hueco para sus bebidas y su tabaco baratos.

—Por lo que he oído, no se dedican solamente a la cerveza y los cigarrillos.

—Ya no. Tienen bancos, empresas de transporte y de almacenamiento en frío, y la empresa de transporte naval más importante de Filipinas. Pero el cimiento de todo siguen siendo la cerveza y los cigarrillos. En China han pasado de exportadores a fabricantes, y ahí es donde yo les eché una mano consiguiéndoles los permisos para construir fábricas de tabaco y destilerías.

—En Canadá no hay mercado para esos productos.

—Claro que no. Por lo que me ha dicho Chang, Canadá es una fuente de bienes y materias primas que luego pueden vender en el mercado asiático. Son dueños de dos minas de jade, de unas cuantas plantaciones de ginseng y de una piscifactoría de abalones más o menos legal, y han comprado centenares de hectáreas de bosques madereros. También tienen una empresa de comercio que exporta chatarra, patas de pollo, móviles baratos y diversos productos químicos a China. Los Chew no son muy puntillosos respecto a lo que compran y venden.

—Pero el problema que tienen es de carácter inmobiliario.

—Sí. Han estado creando una cartera de valores inmobiliarios, principalmente en Vancouver y sus alrededores, donde vive Philip. Sobre todo edificios de apartamentos, centros comerciales, esa clase de cosas.

—Parece un negocio muy gordo —comentó Ava.

Tío se encogió de hombros.

—La fortuna de Ordonez asciende al menos a cinco mil millones de dólares estadounidenses, pero Chang y él siguen dirigiendo la empresa como si fuera cosa de dos. No confían en nadie más que en sí mismos. Incluso los hermanos de Ordonez tienen autoridad limitada, y con los problemas que están teniendo en Canadá, es poco probable que eso vaya a cambiar en un futuro inmediato. Le pregunté a Chang cómo se las arreglan para mantenerse al frente de todo, y se rió y me dijo: «Mediante el miedo». Dentro del mundillo empresarial, a Ordonez lo conocen como el Cuchillo. Y Chang es el Mazo.

—Qué simpático.

—No tienen nada de simpáticos, ninguno de los dos —repuso Tío cerrando los ojos—. Pero las empresas no las fundan en su mayoría personas simpáticas. Se necesita una mezcla de avaricia, empuje, cerebro y paranoia. Y entre los dos, Chang y Ordonez cumplen todos esos requisitos.

### 3

Un filipino alto y de traje gris los esperaba al otro lado de la pasarela del Aeropuerto Internacional Ninoy Aquino de Manila, con un cartel en el que se leía «Mister Chow». Junto a él había un funcionario de aduanas de cierto rango.

Tío se identificó. El hombre del traje gris asintió con la cabeza y se presentó como Joseph Moreno.

—Les pasaremos por Aduanas —explicó Moreno—. ¿Han facturado alguna maleta?

—Sí —contestó Tío.

—Haremos que las recojan y las lleven al hotel. El señor Ordoñez quiere que vayan directamente a la oficina.

Bordearon las largas y deshilvanadas colas de Aduanas. Ava se fijó en los lustrosos suelos de baldosas del aeropuerto, en la pintura descascarillada de las paredes y en las hileras de maceteros con flores, algunos de las cuales se habían resquebrajado y vertían tierra por el fondo. Los filipinos guardaban cola pacientemente, sin alborotar, mientras el personal de negocios y los turistas occidentales, con la cara sofocada, sudaban visiblemente alterados por aquel desbarajuste rayano en la negligencia.

El funcionario que había ido a recibirlos a la puerta los condujo a una cabina de Aduanas vacía. Entró en ella, encendió el ordenador y les pidió el pasaporte extendiendo la mano. Ava oyó murmullos de enfado procedentes de los occidentales que hacían cola. Seguramente habían tardado una hora en llegar hasta allí, y Ava sabía que les enfurecía que se saltaran las normas con tanta naturalidad. *Bienvenidos a Filipinas*, pensó. Había pocos países en el mundo donde los contactos importaran tanto.

Cuando salieron del aeropuerto, fueron conducidos a un aparcamiento subterráneo al otro lado de la carretera, en el que ronroneaba junto a la salida un Bentley negro. El aire, caliente y denso, olía a tubo de escape. Ava se alegró de que no tuvieran que estar fuera mucho tiempo.

Moreno les abrió la portezuela trasera.

—La oficina está sólo a unos quince minutos de aquí si el tráfico coopera —comentó.

Ava, que conocía el tráfico de Manila, comprendió que aquellos quince minutos serían, con suerte, más bien treinta.

Al salir del aparcamiento se sumaron a una caótica aglomeración de coches, autobuses, motos, bicicletas, *jeepneys* y peatones que se disputaban el espacio con escaso respeto por las normas de circulación. Los dieciséis millones de habitantes de Manila tenían que llegar del punto A al punto B, y los *jeepneys* (viejos *jeeps* militares americanos pintados de colores chillones en los que podían viajar más de treinta personas a la vez) sólo conseguían empeorar las cosas. Zigzagueaban peligrosamente de un lado a otro de la carretera, deteniéndose a menudo en medio del tráfico mientras sus pasajeros se esforzaban por subir o bajar.

La prudencia que demostraba el chófer del Bentley era comprensible: conducía un coche de trescientos mil dólares, más dinero del que sin duda ganaría en toda su vida.

—Ahora mismo no está tan mal —comentó Moreno—. La hora punta, o de colisiones, como la llamamos nosotros, pasó hace rato.

Mientras circulaban en dirección a Makati, la capital financiera de Filipinas, fue cambiando el paisaje urbano. Ava vio cómo los edificios de pisos de poca altura, las tienditas y las aceras atestadas de puestos y transeúntes daban paso a los rascacielos de los bancos, los edificios de oficinas, los centros comerciales de estilo occidental y los hoteles de lujo del centro de la ciudad. Los únicos vendedores callejeros que había allí desplegaron su género sobre la acera, siempre atentos a la llegada de la policía.

Pasaron el Ayala Centre, un inmenso complejo comercial en el corazón mismo de Metro Manila. Ava estaba recordando cómo había deambulado por sus cincuenta y tantas hectáreas en visitas anteriores cuando pararon delante del impresionante rascacielos en forma de uve, enfundado casi por completo en cristal. Moreno se apeó de un salto del asiento delantero y les abrió la portezuela de atrás.

Al salir del Bentley insonorizado les asaltaron el estruendo del tráfico y las miasmas de un humo que olía a gasolina y a polución de ozono.

—Vamos dentro, deprisa —dijo Moreno.

Había dos guardias en la entrada de la torre, con sendas Uzi cruzadas a la altura del pecho. A Ava no le sorprendió. Manila era un campamento armado. En todas las sucursales bancarias, en todas las tiendas de grandes cadenas comerciales y los edificios de oficinas había guardias de seguridad custodiando la puerta. Moreno dejó atrás a los guardias y les condujo al vestíbulo. Ava giró hacia los ascensores, pero Moreno rectificó su dirección.

—El señor Ordonez dispone de una entrada particular —dijo.

Les llevaron a un pequeño entrante con un solo ascensor custodiado por un guardia provisto de otra Uzi. Subieron hasta el último piso, donde al abrirse la puerta se encontraron en una zona de recepción semicircular con suelos de roble cubiertos aquí y allá por antiguas y lujosas alfombras persas. A la izquierda había dos sofás de cuero marrón rojizo flanqueados por sillones a los que servía de anclaje una larga mesa baja de palisandro repleta de revistas. A la derecha, sobre una mesa de comedor de la misma madera, a juego con la primera, había un juego de vasos y una jarra de cristal llena de agua. En las paredes colgaban eclécticos grupos de cuadros, todos ellos originales.

Justo delante, sentada detrás de un escritorio, había una joven filipina. Tenía la cara larga y enjuta y el pelo de color azabache recogido hacia atrás en una coleta. Vestía una blusa blanca sin mangas muy escotada. Había dos puertas a su derecha y una a su iz-



quierda, custodiadas por un gigante de traje negro. De pie, en silencio, el gigante no les quitaba ojo. Ava no dudaba de que llevaba un arma, aunque no de forma visible.

—Bienvenidos —dijo la joven—. Espero que el trayecto desde el aeropuerto no haya sido muy complicado.

—No, ha estado bien —repuso Moreno.

—Tomen asiento, por favor. Voy a avisar al señor Ordonez de que han llegado. —Se levantó y se acercó a la puerta de la izquierda. El guardia la abrió y la joven desapareció dentro.

Ava y Tío apenas se habían acomodado en los sofás cuando volvió a aparecer, sola.

—Van a reunirse en la sala de juntas —anunció, señalando la puerta de dos hojas de la derecha, que abrió de inmediato.

La sala tenía el mismo suelo de roble que la zona de recepción, pero en lugar de las suaves y suntuosas alfombras y las mesas de palisandro había allí sillas ultramodernas de acero inoxidable y cuero y una elegante y lustrosa mesa con superficie de cristal. La serie de pinturas chinas que adornaba las paredes, con representaciones de fuentes, bosques y dragones, contrastaba extrañamente con la impresión de pulcro y funcional minimalismo del mobiliario.

Un chino de aspecto distinguido, no mucho más alto que Tío, cruzó una estrecha puerta lateral justo cuando se acababan de sentar. Vestía un polo rojo y unos vaqueros negros de Hugo Boss. Era bajo, pero recio, y su cabeza calva brillaba con la luz.

—Amigo mío —dijo, tendiendo los brazos a Tío.

Se levantaron para saludarle. Los dos hombres se abrazaron, susurrándose al oído. Cuando se separaron, el recién llegado saludó a Ava con una inclinación de cabeza.

—Ava, éste es el señor Chang Wang —dijo Tío.

Chang la miró con fijeza, de arriba abajo, como si estuviera calibrándola.

—Señor Chang —dijo ella.

—Chow Tung me ha hablado muy bien de usted —contestó Chang mientras les indicaba que tomaran asiento.

A Ava le sorprendió que llamara a Tío por su nombre de pila. Había conocido a pocas personas que tuvieran la suficiente intimidad con él para llamarlo así.

—Pero no ha sido muy amable por su parte hacernos esperar tanto tiempo —añadió en un tono jocosos que dejaba traslucir cierto desagrado.

Antes de que Ava pudiera responder se abrieron las puertas y Tommy Ordonez entró en la sala de juntas. Medía más de un metro ochenta, pero caminaba encorvado y con la cabeza gacha, como si buscara monedas sueltas por el suelo. Ava observó el resto de su persona, cada vez más decepcionada. Llevaba una camisa amarilla informal, vaqueros azules y un reloj Patek Philippe, y tenía las uñas agrietadas y mordidas hasta la raíz. El pelo, negro y demasiado largo para los cánones de la moda, le caía sobre las orejas y colgaba hasta muy por debajo del cuello de la camisa. El contraste con la imagen que proyectaba en público era colosal. En las fotografías que había visto en Internet, Ordonez vestía siempre traje de tres piezas y tenía un aire refinado y distante.

Se levantaron todos, y Chang hizo las presentaciones. Ordonez miró a Tío con afecto y a continuación fijó sus ojos en Ava, a la que examinó de la cabeza a los pies.

—No me habían dicho que fuera usted una joven tan guapa. Creía que tendría más aspecto de contable.

Ava se sobresaltó al oír su voz. Las palabras parecían salir forzadas de su boca, como si un tornillo de hierro constriñera su laringe.

Ella miró rápidamente a Tío. Su semblante no denotaba sorpresa alguna. Luego volvió a mirar a Ordonez, estudiando su rostro. Era chino, no había duda, y sus ojos parecían más pequeños que en las fotografías, con iris intensos y negros como la pez y la esclerótica salpicada por las manchas carmesíes de capilares rotos. Su cara era redonda, la nariz bulbosa, los labios gruesos. En la parte alta de la mejilla izquierda, cubierta en parte por su agreste cabellera, tenía una verruga grande y negra de la que afloraba un

solo pelo largo y rizado. Era una superstición china dejar crecer aquellos pelos: se pensaba que traían buena suerte.

—No estoy segura de qué aspecto debe tener una contable —repuso Ava.

Ordonez pareció sorprendido y lanzó una mirada a Chang.

—Sentémonos —propuso éste.

Ocuparon lados opuestos de la mesa de reuniones: Ordonez y Chang de espaldas a la ventana para que la luz cayera de lleno sobre Tío y Ava.

—Esto es un lío espantoso —le dijo Ordonez a Tío—. Te agradezco que vayas a ayudarnos a llegar al fondo de la cuestión.

—Hasta que sepamos exactamente qué ha ocurrido, no sabremos hasta qué punto podemos ser de ayuda —repuso Tío.

—Tengo confianza en ti. Cuando nos conocimos, hace años, no pensé que algún día necesitaría tus servicios... ni que podría permitírmelos.

Tío agradeció el cumplido con una inclinación de cabeza.

—Me siento honrado por que volvamos a encontrarnos. Has creado un emporio impresionante.

Ordonez respiró hondo.

—Gracias. Hemos trabajado mucho, mis hermanos, yo y Wang, para llegar hasta aquí. Hemos sufrido muchos reveses, como puedes imaginarte. En Filipinas no puede ser de otra manera: siempre hay algún político que quiere nacionalizarnos o hacernos investigar por sobornar a sus colegas, aunque éstos suelen esfumarse en cuanto los ponemos en nómina. Pero, en resumidas cuentas, nos han ido bien las cosas.

Ordonez miraba únicamente a Tío. Ava estaba acostumbrada: los chinos con el bagaje y la posición de Ordonez o Chang trataban a la mayoría de las mujeres como a floreros. Le irritaba que así fuera, pero jamás avergonzaría a Tío haciéndolo notar. Esperó a que concluyeran su pequeño ritual de cumplidos para incorporarse a la conversación.

—Disculpe, pero ¿Philip Chew va a reunirse con nosotros?

Ordonez la miró de nuevo con sorpresa y se volvió hacia Chang.

—Lamento preguntarlo, pero puesto que el problema parece proceder de la división canadiense que dirige el señor Chew, suponía que estaría aquí.

—Philip está enfermo. No puede viajar —contestó Chang.

—¿Está en Vancouver?

Ordonez miró a Chang con enojo.

—Éste no es momento para hablar de Philip —dijo su mano derecha—. Todos los informes y expedientes están aquí, no en Vancouver. Ése será un buen sitio para empezar. Louis Marx, el interventor de cuentas de nuestra filial canadiense, está en la sala de reuniones de un piso más abajo. Ha sido informado y le prestará toda la ayuda que necesite.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Ava.

—De algo más de cincuenta millones de dólares —respondió Chang.

—¿Pueden explicarme cómo descubrieron su falta?

—Marx puede decírselo —replicó Ordonez.

Ava miró rápidamente a Tío, que seguía con la mirada fija en Ordonez.

—No es mi intención ser grosera —dijo con calma—, pero me gustaría que me explicaran a grandes rasgos la situación antes de reunirme con el señor Marx. Puede que él sea parte interesada.

—Ava tiene razón —agregó Tío.

Chang pareció afligido.

—Es una estafa, lisa y llanamente. Nuestra oficina en Vancouver creía estar invirtiendo en un campo de golf y un complejo residencial en Kelowna... ¿Sabe dónde está Kelowna?

—Sí —dijo Ava.

—Operaron a través de un presunto promotor local llamado Jim Cousins. El plan era que comprara varias parcelas de tierra y comenzara a despejarlas y a meter las infraestructuras. Cousins

adelantó los primeros dos millones. Nuestra oficina en Vancouver le envió el resto del dinero conforme iba comprando los terrenos —explicó Chang.

—¿Los compraba él primero?

—Sí.

—¿Y luego se los vendía a ustedes?

—Sí. Marx tiene toda la documentación abajo.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Que no hay terrenos.

—Y el puto Jim Cousins se ha esfumado —siseó Ordonez. Se sentaba rígido y erguido en la silla, con los ojos aún fijos en Tío.

Ava lo sintió crispase bajo su mirada.

—¿Cómo lo descubrieron? —preguntó.

—Nuestra consultoría externa es Deloitte —contestó Chang—. Hacen una auditoría anual. Esta vez fueron especialmente minuciosos.

—¿En qué sentido?

—Mandaron a alguien de su sucursal en Kelowna a la oficina del registro de la propiedad para confirmar que teníamos los títulos de propiedad de esos terrenos.

—¿Y no los tenían?

—No. Deloitte nos informó de que los terrenos que supuestamente estábamos urbanizando pertenecían en realidad a un montón de gente que nunca había oído hablar de nosotros ni de Jim Cousins.

—Pero ¿no tenían copia de los contratos de compraventa, de las escrituras? ¿No llevaron un registro documental de las transacciones?

—Eran falsificaciones.

—Estupendo —dijo Ava.

—Ese comentario está fuera de lugar —repuso Ordonez, mirándola por fin a los ojos.

—Lo siento —contestó ella.

—Ese tal Marx —terció Tío—, ¿está al tanto de todo?

—Hasta donde cabe esperar que lo esté —repuso Chang—. Philip era nuestro principal contacto con Cousins. Todo se hacía a través de él.

—¿Y no puedo hablar con él? —preguntó Ava.

—Señorita Lee —dijo Chang—, le ruego que no hablemos más de Philip. Está enfermo.

—Podemos hablar por teléfono, intercambiar correos electrónicos...

Ordonez la interrumpió:

—Mi hermano ha sufrido una crisis nerviosa, según insiste en afirmar mi cuñada. Dice que no está en condiciones de hablar con nadie sobre nada.

Ava advirtió en su tono un desprecio rayano en el asco y dedujo que para Ordonez la enfermedad mental delataba una falla del carácter o era una simple excusa para justificar el fracaso.

—Es una lástima —dijo—. ¿No ha podido hablar con él?

—No —contestó Ordonez con aspereza.

—¿Y usted, señor Chang?

El hombre se removió en su asiento.

—Louis Marx fue la última persona de la empresa en hablar con él. Puede preguntarle lo que le dijo Philip.

Tío seguía mirando a Ordonez cuando preguntó a Chang:

—¿Dónde está ese tal Cousins?

—Lo ignoramos. Su despacho en Kelowna resultó ser un apartamento vacío. Se marchó de allí hará dos semanas. Ninguno de sus números de teléfono funciona. En su banco afirman que vació sus cuentas. Contratamos a una agencia de detectives para que siguiera su rastro a través de familiares y amigos, tarjetas de crédito, etcétera. No sacaron nada en claro. Cousins ha desaparecido.

—¿Marx llegó a reunirse con él? —preguntó Ava.

—Dos veces, ambas en nuestras oficinas de Vancouver cuando fue a llevar papeles.

—Entonces, ¿puede describírmelo?

—Imagino que sí —repuso Chang.

Ava oyó que Tío se removía en su silla. Era consciente de que estaba poniendo a prueba la paciencia de Ordonez y Chang y de que eso le inquietaba.

—Creo que la señorita Lee invertiría mejor su tiempo hablando con Marx —dijo Ordonez, respirando agitadamente—. Nosotros no podemos decirle nada más.

—Estoy de acuerdo —dijo Tío, y estiró el brazo para tocar la mano de Ava.

—Le diré a mi secretaria que la acompañe abajo —le dijo Ordonez, dándole ligeramente la espalda a Ava.

—Nosotros vamos a pasar un rato charlando, y aún tenemos que hablar de vuestros honorarios —comentó Chang—. Luego mandaré que te lleven al hotel. La señorita Lee puede reunirse contigo allí.